

Mié
15
May
2019

Evangelio del día

[Cuarta Semana de Pascua](#)

Hoy celebramos: **San Isidro (15 de Mayo)**

“El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 12, 24-13, 5a

En aquellos días, la palabra de Dios iba creciendo y se multiplicaba. Cuando cumplieron su servicio, Bernabé y Saulo se volvieron de Jerusalén, llevándose con ellos a Juan, por sobrenombre Marcos.

En la Iglesia que estaba en Antioquía había profetas y maestros: Bernabé, Simeón, llamado Níger; Lucio, el de Cirene; Manahén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo.

Un día que estaban celebrando el culto al Señor y ayunaban, dijo el Espíritu Santo:
«Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado».

Entonces, después de ayunar y orar, les impusieron las manos y los enviaron. Con esta misión del Espíritu Santo, bajaron a Seleucia y de allí zarparon para Chipre.

Llegados a Salamina, anunciaron la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos.

Salmo de hoy

Salmo 66, 2-3. 5. 6 y 8 R/. Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben

Que Dios tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación. R/.

Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
y gobiernas las naciones de la tierra. R/.

Oh, Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.
Que Dios nos bendiga; que le teman
todos los confines de la tierra. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 12, 44-50

En aquel tiempo, Jesús gritó diciendo:

«El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado. Y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado. Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas.

Al que oiga mis palabras y no las cumpla, yo no lo juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgue: la palabra que yo he pronunciado, esa lo juzgará en el último día. Porque yo no he hablado por cuenta mía; el Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar. Y sé que su mandato es vida eterna. Por tanto, lo que yo hablo, lo hablo como me ha encargado el Padre».

Reflexión del Evangelio de hoy

La Palabra de Dios iba creciendo y se multiplicaba

La lectura de hoy de Hechos nos sitúa al final de la primera parte del libro, donde el protagonista principal ha sido el apóstol Pedro y la misión de la Iglesia en Jerusalén, Judea y Samaría. Ahora, se va abrir paso a un nuevo protagonista: Pablo y su evangelización hasta los confines de la tierra. La proclamación del

Kerigma se cierra con un breve sumario que resume el crecimiento de la comunidad a causa de la Palabra de Dios. Lo que ayuda a la multiplicación de los creyentes es la obra salvadora del Resucitado, anunciada y proclamada por los apóstoles en medio de numerosas persecuciones. El testimonio de vida los ha convertido en testigos de aquello que anuncian en el nombre de Jesús y que lleva a otros a la fe en él.

Además, la lectura nos recuerda que Bernabé y Saulo vuelven de Jerusalén donde han terminado su ministerio de llevar la colecta para paliar la situación de penuria por la que pasaba dicha comunidad. Ambos apóstoles permanecieron en la ciudad santa mientras duro la persecución de Agripa. Solidaridad con los más pobres y solidaridad en el sufrimiento de la persecución, son signos de una Iglesia que crece y se multiplica. Bernabé y Pablo llegan a Antioquía de Siria acompañados de Juan Marcos. Ya están listos para realizar el primer viaje misionero que va a preparar la Iglesia antioquena y que llevará la Buena noticia de Jesús al mundo gentil.

El relato nos presenta también la identidad de los dirigentes de esta comunidad: en ella hay profetas y maestros; lo que nos sugiere una cierta organización ministerial. Cuando estaban celebrando el culto al Señor, el Espíritu aparta a Bernabé y a Saulo, para la obra a la que han sido llamados. La evangelización al mundo gentil es una llamada del Señor, que elige a las personas adecuadas para llevar a cabo esta misión. La tarea misionera no tiene como protagonistas a los apóstoles sino al mismo Jesús, que los envía a llevar la buena noticia del Reino a todos los rincones de la tierra. Pero ellos no están solos tienen detrás a una comunidad que ora, ayuna y les impone las manos. Enviados por el Espíritu a través de la Iglesia de Antioquía, ellos son apóstoles de esta comunidad que los sostiene, de la que salen y a la que regresan.

Con esta misión y acompañados por Juan Marcos, zarparon hacia Chipre anunciando la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos. Como dice el Papa Benedicto XVI *"la conversión del mundo antiguo al cristianismo no fue el resultado de una actividad planificada, sino el fruto de la prueba de la fe en el mundo como era contemplada en la vida de los cristianos y en la comunidad de la Iglesia. La invitación real de experiencia a experiencia, y nada más, fue, humanamente hablando, la fuerza misionera de la Iglesia antigua"*.

No he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo

Al igual que en la lectura anterior, el evangelio de Juan nos sitúa al final de la primera parte de su narración llamada, el libro de los Signos. El redactor añade este breve discurso de Jesús a modo de resumen que resume su mensaje dirigido al mundo. El relato no nos dice cuándo ni dónde proclama Jesús estas palabras finales que se presentan como una síntesis de todo lo que ha sido su ministerio hasta este momento. Más que un discurso doctrinal es una exhortación al discípulo a creer en él. Creer en Jesús es creer en aquel que le ha enviado. Esta frase puede ser un buen extracto del evangelio de Juan. Creer en Jesús es un modo de contemplar a Dios, ya que él es el enviado del Padre, su rostro visible.

Por esta relación con el Padre, Jesús puede afirmar que trae luz al mundo para que quienes crean en él y puedan salir así de la oscuridad y caminar permanentemente en la luz. Creer, ver, implica escuchar sus palabras, no solo oírlas, sino acogerlas y guardarlas. Jesús es la respuesta a los grandes interrogantes que tiene el ser humano, Él se presenta como la luz que brilla en las tinieblas, y hace que nuestras oscuridades vislumbren su resplandor. Jesús es la luz que aclara el horizonte, ayudando a descubrir el lado luminoso de la oscuridad de la fe.

Ante el temor del juicio, la respuesta del Señor es clara, él no ha venido a condenar al mundo sino a salvarlo. Quien lo rechaza y no acepta sus palabras, ya tiene su juicio, la palabra de Jesús será su juez en el último día. Este juicio comienza ahora y se prolonga también después de la vida. Pero Jesús depende de las palabras del Padre, Él no habla por cuenta propia, sino que habla lo que el Dios le ha mandado decir. Con absoluta confianza, Jesús puede afirmar que su palabra trae vida eterna.

En el comienzo de su ministerio, Jesús se presenta como la única revelación de Dios, y la vida o la muerte, la luz o la tiniebla surgen de la aceptación o el rechazo a esta revelación. Es el Padre quien lo legitima a través de las obras que él hace. Su conclusión antes de iniciar el libro de la Gloria, es clara "lo que yo hablo, lo hablo como me ha encargado el Padre".

Hoy día de San Isidro, se nos presenta una nueva oportunidad de pararnos, de revisar cómo está nuestra fe y en qué medida ella sostiene nuestras oscuridades.



Hna. Carmen Román Martínez O.P.
Congregación de Santo Domingo

San Isidro

Un Santo laico y labrador

Recién conquistada la villa de Madrid por Alfonso VI a los musulmanes, nacía en ella Isidro de Merlo y Quintana hacia el año 1080, siendo muy pronto bautizado en la parroquia de San Andrés, poco antes consagrada. Eran aquellos tiempos decisivos y de gran transformación para la Península Ibérica, pues cinco años más tarde, los cristianos reconquistaban Toledo a los árabes y, poco después, en 1090, comenzó la decadencia de la civilización islámica en España. De familia pobre y virtuosa, Isidro fue educado por sus padres en la práctica de las virtudes cristianas, ya que no pudieron enviarle a la escuela. Pero pronto quedó huérfano y, desde muy joven, tuvo que dedicarse, como jornalero, a las labores del campo, cultivando las tierras del hacendado Iván o Juan de Vargas, caballero principal de uno de los más limpios linajes madrileños. Parece ser que, siendo Isidro de carácter retraído, callado, pero devoto y amable con todos, madrugaba más que el sol para ir muy temprano a visitar las iglesias de Madrid y oír misa antes de ir al trabajo, lo que le valió el que los compañeros le acusasen ante su amo de no trabajar con la diligencia debida.

Al ser reconquistado Madrid por los almorrávidos, Isidro tuvo que huir de allí, como otros muchos cristianos, y lo hizo a Torrelaguna, donde contrajo matrimonio con una campesina sencilla, llamada María Toribia (según la tradición, Santa María de la Cabeza), de la que tuvo un hijo. Isidro allí siguió trabajando para otro terrateniente donde también fue acusado de rezar mucho y trabajar poco, por lo que su amo le exigió un rendimiento mayor que a los demás jornaleros. Pero Isidro lo soportó todo con admirable paciencia y Dios premió su fe y su laboriosidad abundantemente. Más tarde, pudo retornar con su mujer a Madrid, y de nuevo volvió a trabajar para su antiguo amo, el hacendado Juan de Vargas. Frente a los conflictos con otros agricultores, que le acusaban de no trabajar, pues se dedicaba más a la oración que al laboreo, Juan de Vargas se dio cuenta de la profundidad de su virtud y de su fidelidad, por lo que siempre le tuvo en gran estima y le concedió toda su confianza, lo que le granjeó también la envidia de sus propios compañeros.

Así transcurrió la vida de Isidro en el agro de Madrid, siendo modelo de fidelidad a sus obligaciones laborales y de virtudes cristianas, como la oración asidua, la caridad para con los pobres, compartiendo con ellos lo poco que tenía, y la devoción a la Eucaristía, que le llevó a fundar una cofradía para dar culto al Santísimo Sacramento. A la hora de su muerte, como buen cristiano, hizo confesión de sus pecados y recomendó a sus familiares y amigos que tuvieran mucho amor a Dios y mucha caridad con el prójimo.

La tradición popular conservó la memoria de su espíritu de oración y de generosidad con los necesitados, tanto que recuerda que lo que ganaba como jornalero lo distribuía en tres partes: una para la Iglesia, otra para los pobres y otra para el sustento de su familia, llegando su generosidad a compartir con los más pobres esta tercera parte que se quedaba para sí. Y la leyenda ha tejido su memoria de una serie de anécdotas y prodigios, que han hecho las delicias de la gente piadosa, como la del ángel que araba mientras San Isidro rezaba, o la de hacer subir las aguas del pozo en que cayó su hijo para poder salvarlo, o la de la marmita que siempre estaba llena, a pesar de distribuir su jugoso contenido una y otra vez a los pobres, o la de llenarse su granero después de haber dado todo su trigo al patrón de Torrelaguna para cumplir con sus exigencias.

La primera Vida que se conoce del santo, es la del diácono de Zamora, Juan Gil, que data de 1275, en la que se relatan muchos milagros relacionados con la vida de San Isidro y otros muchos realizados por él después de su muerte. Este santo madrileño es uno de los santos laicos, no mártires, más antiguos de los que tenemos noticia.

El cuerpo incorrupto de San Isidro

San Isidro murió el 15 de mayo de 1130 y su cuerpo fue enterrado en el cementerio de la parroquia de San Andrés, hasta que en 1170 fue trasladado, incorrupto, a la iglesia de San Andrés, de Madrid, donde había sido bautizado. El 1 de octubre de 1212, su cuerpo fue exhumado y expuesto a la veneración de los fieles en la misma iglesia parroquial, y al año siguiente, 1213, Alfonso VIII, que había vencido a los árabes en las Navas de Tolosa, construyó en la parroquia de San Andrés una capilla para albergar las reliquias de San Isidro. Allí estuvieron hasta 1535, en que, envueltas en ricas telas, fueron trasladadas a la capilla del Obispo, donde permanecieron hasta 1650. En tiempos de Felipe III, rey de España (1578-1621), habiendo caído gravísimo enfermo, a su regreso de Lisboa, en Casarrubios del Monte (Toledo), le fue llevado el cuerpo de San Isidro hasta su estancia real, y el monarca sanó milagrosamente. Más tarde, en 1769, pasaron los restos del Santo Patron de Madrid a la colegiata de San Isidro, en cuyo altar mayor reposaron las reliquias del santo, en urna de plata, para la que el artista Manuel Pereira compuso unos bajorrelieves con escenas de su vida. Esta colegiata la erigieron los jesuitas en honor de San Isidro, con motivo de su canonización, siendo construida entre 1626 y 1664, y, desde la erección de la diócesis de Madrid en 1885 hasta la terminación de la construcción de la catedral de la Almudena en 1993, hizo las veces de catedral. Es la actual colegiata de San Isidro, en la calle Toledo de Madrid.

San Isidro, Patrono de Madrid y de los agricultores españoles

San Isidro es patrono de Madrid desde el 14 de abril de 1619, día en que el papa Pablo V firmó el decreto de su beatificación. Los madrileños lo festejaron al año siguiente, el 15 de mayo de 1620, estrenando la Plaza Mayor. Posteriormente, Gregorio XV lo canonizó el 12 de marzo de 1622, en presencia de 32 cardenales, y junto con San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri. ¡Magníficas compañías!

El Beato Juan XXIII le declaró patrono de los campesinos y labradores españoles y de todos los agricultores católicos del mundo, y la liturgia de las horas recuerda en este día de San Isidro, un sermón de San Agustín en el que decía: «Sembrad, aunque no veáis todavía lo que habéis de recoger. ¿Acaso el labrador, citando siembra, contempla ya la cosecha? El trigo de tantos sudores, guardado en el granero, lo saca y lo siembra. Confía sus granos a la tierra. 'vosotros, ¿no confiáis vuestras obras al que hizo el cielo y la tierra? Fijaos en los que tienen hambre, en los que están desnudos, en los necesitados de todo, en los peregrinos, en los que están presos. Todos éstos serán los que os ayudarán a sembrar vuestras obras en el cielo».